landia, declarada colonia británica, con tan poco respeto á la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despierta sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor á la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Jedive á recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó á administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Jedive, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora. (*) Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada á un jefe de filibusteros, ó en la concesión de los honores universitarios á un archiconspirador, ó en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen á los planes de agresión. Si porque mi amor á mi país no sobrevive á éstas y otras experiencias contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente, acepto gustoso el epíteto

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legí-

---

(*) Vemos repetir la transparente excusa de que los boers comenzaron la guerra. En el extremo Oeste de los Estados Unidos, en donde cada cual se defiende solo á sí propio y se entienden bien los usos de aquélla, se considera como agresor al que primero mueve la mano en dirección de sus armas. La aplicación es obvia.